

alguna deserción en pendiente. Manuel Gónzalez se había ya lanzado por ella. Patria, honor, deber, principios sagrados, respeto á sí mismo, á la opinión, á la Historia, todo le gritaba: «detente». Y el hombre no oía nada. . . . Como al bajar de las Huestes al fondo de Texas, una fuerza superior á la misma se arrojaba y ya no parecía que andaba ni corria, sino que volaba. . . . Gónzalez se ha-
la tanto de que la fortuna tiene un

habitanes donde pueden vivir y prosperar. . . .
de diez millones, la cuestión está en cómo se
de procedimientos para colonizar y cuáles debían ser
los casos. . . . Y en consecuencia á otras proposiciones
de fomento de las colonias y de las proposiciones
de las
de tanto como estas ó cobrando en los Estados
para el gobierno de México la empresa privada de
ganar un hombre en el extranjero á tal fin por
cabeza para el gobierno de México.

CAPITULO II.

LA COLONIZACION EN MEXICO

COMO SE HACE MALA UNA IDEA BUENA.

I.

Colonicemos.

Y viendo las arcas públicas henchidas con los cuatro millones, producto de la plétora de riqueza importada del extranjero ó removida en el país mismo, por la cual atravesaba la República, se reunieron los prohombres de la situación, Presidente, ministros, favoritos, compadres, y dijeron ya expresa, ya tácitamente: «¿qué haremos con tanto dinero?»—Y cuéntase que Pacheco el ministro incompleto, tomó la palabra y dijo: «ante todo, colonicemos.» Y luego se siguió la caterva de periódicos vendidos encomiando la iniciativa del ministro. ¿Quién podía negar que era bueno que viniese gente inmigradora á un país de diez millones de

habitantes donde pueden vivir y prosperar más de cien millones? La cuestion estaba en cómo debia procederse para colonizar y quiénes debian ser los colonos. Ya anteriormente, á otros ministros de Fomento se les habia presentado proposiciones para traer al país belgas, franceses, y hasta chinos de tantos como entán sobrando en los Estados Unidos. Y ninguno se habia atrevido á aceptar para el Gobierno de México la empresa directa de enganchar hombres en el extranjero á tanto por cabeza para obligarles á poblar nuestros desiertos. Se habia creido que eran medios indirectos,—halagos hechos al extranjero por el crédito nacional extendido y publicado en el mundo,—los más propios para favorecer la inmigracion. *La colonizacion en un país se hace ante todo dentro del país mismo*: este pensamiento paradógico á primera vista, tratándose de un hecho que tiene que venirle á un país *de fuera de él mismo*, era la fórmula de una creencia superior tal como estaba en el alma de muchos pensadores. "Trabajemos por dentro, hagamos en el país la vida cómoda por medio de las mejoras materiales, segura por medio de las garantías de respecto á los derechos del hombre, barata

por medio de la distribucion sabia y moderada del impuesto; hagamos que en cada extranjero que salga de México tenga el país naturalmente un pregon de crédito y no un propagador de descrédito; hagamos que ellos, los hombres que se alejan de nosotros, sean, sin saberlo y sin devengar sueldo, nuestros agentes de colonizacion y que por *uno* que se va vengán *cientos* atraidos por el testimonio halagador que rinde la lengua del primero; y cuando todo eso esté hecho, ayudemos á divulgar y popularizar nuestra prosperidad, nuestros elementos de bienestar y de riqueza por medio de la prensa extranjera, del periódico y el libro en favor de México esparcidos en los centros de poblacion, como agentes espirituales encargados de hacer aceptable á los espíritus la emigracion á México, precedente indispensable para que los cuerpos humanos se muevan hacia nuestras costas."

Así razonaba el raciocinio más puro y juicioso ante la consideracion de poblar á México con gente importada. Pero el ministro Pacheco y con él prohombres, Presidente, ministros, favoritos, compadres, no opinaron de la misma manera. En posesion de gruesas sumas, bastantes para hacer la colonizacion trabajando *dentro del país mismo*; trasformando, cultivando, embelleciendo la ruda faz del suelo mexicano y curando su miserable estado social, no se quiso concebir que la colonizacion debia ser ante todo el efecto de *una obra interior* para la cual no bastaban los ferrocarriles yankees, y se quiso que fuese el resultado de *una obra exterior* en virtud de la cual se trajesen hombres al país como se pueden traer carneros ó vacas. Ese sistema de colonizacion *animal* tenia tristes antecedentes en la historia extrangera y en la nacional. Sin remontarse mucho, se tenia un ejemplo elocuente en la intentona de Carlos III para coloni-

zar la vieja España con alemanes llevados de su país á un pueblecillo fundado para el efecto, si no es infiel la memoria, en el riñon de Sierra Morena donde acaecieron á los colonos alemanes más desventuras que las que pasó en el mismo punto D. Quijote de la Mancha, viéndoseles al poco tiempo disolver *de motu proprio* la colonia, á pesar de la direccion y proteccion dispensada á ellos por el paternal Carlos III. No ménos desventurados fueron en México los ensayos practicados por el Gobierno Mexicano para colonizar el despoblado territorio. Desde los primeros años de la independencia del país, en 1823, por decreto del 11 de Abril del mismo año, se concedió al memorable Estéban Austin la colonizacion de Tejas con trescientas familias *yankees*. ¡Digno comienzo de la serie de barbaridades mexicanas cometidas con causa ó pretesto de la colonizacion! Aquel primer ensayo costó á México la enorme desmembracion de su territorio. . . . "¿A quién se le ocurre, exclamaba un orador americano en el Senado de Washington, colonizar el propio país con los miembros de una vecina raza invasora?" Y las ocurrencias no pararon ahí. Por otro decreto del año mismo

(14 de Octubre de 1823) se mandó formar con las jurisdicciones de Acayucan y Tehuantepec la llamada *Provincia del Istmo* dándose reglas para la colonización de sus baldíos y ofreciéndose fondos para atender al mantenimiento de los primeros pobladores. ¿Y qué sucedió? — Que empezaron á venir los colonos al Istmo y no pudiéndoseles dar los baldíos prometidos, por la sencilla razon de que no los habia ó de que el Gobierno no pudo designárselos, regresaron á sus países ó se dispersaron por el nuestro como ovejas descarriadas. Luego, tras otros proyectos no ménos infelices, D. Antonio López de Santa-Anna, resuelto á colonizar, expidió la ley de 16 de Febrero de 1854 llamando á nuestro suelo la inmigracion y ofreciéndole no solo terrenos donde establecerse, sino tambien auxilios pecuniarios con que traspostarse, nombrándose por el mismo Santa-Anna al español Don Rafael Rafael agente general de colonizacion en Europa al cual se entregaron cerca de cincuenta mil pesos para la remision de los colonos. Y aconteció que ni un colono vino, y de los cincuenta mil pesos ni uno solo volvió al Gobierno por que se quedaron en poder del español Rafael Rafael que no dió

cuenta de ellos. Eran bastantes lecciones para emprender la colonizacion sobre bases de éxito. Y el presidente Comonfort, por decreto de 31 de Julio de 1856 pretendió resolver el problema colonizando por el sistema de Carlos III. Habia, al efecto, celebrado un contrato con un coronel italiano Luis Massi para que le remitiese hasta la cantidad de doscientos italianos de los Estados Sardos que fuesen *precisamente agricultores sobrios, laboriosos é inteligentes*. Se estipulaba en el mismo contrato pagar cincuenta pesos por cabeza de italiano inmigrante, lo que significaba la suma total de diez mil pesos por los doscientos contratados. Cumplió el contratista con la remision y cumplió el Gobierno con el pago: los doscientos inmigrantes fueron instalados en terrenos del Estado de Veracruz preparados para tal fin cerca del pueblo de Papantla. ¡"Colonia hecha!" se exclamó. y he ahí que en el intervalo de cierta noche á cierta mañana, los inmigrantes emigraron, dispersándose unos y yendo otros á fundar por su propia cuenta una coloniecita no lejos de la primera que llamaron *Villa Luisa*. Esta y los restos de la colonia francesa de Xicaltepec (tambien de Veracruz) funda-

da en 1834 por un Mr. Guenot, era todo lo que en el año á que se refiere la parte de esta historia quedaba en el suelo mexicano como producto de tanto trabajo de colonizacion, siendo de notarse que la colonia de Xicaltepec con 300 franceses fundada por la pura iniciativa de un empresario extranjero y sostenida despues por los mismos colonos que rechazaron la direccion de Mr. Guenot era más importante y floreciente que la microscópica colonia *Villa Luisa* que representaba en último análisis el resultado final de sesenta años de trabajos oficiales de colonizacion emprendidos á costa de innumerables miles de pesos.

Tal era, á grandes rasgos la historia de la colonizacion mexicana que el Gobierno de Manuel Gonzalez se proponia llevar á seguro y cumplido éxito por los medios que en seguida se verán.

III.

La colonizacion gigante.

A uno y otro lado del Continente americano, en Estados Unidos y en la República Argentina, tenia México el fenómeno de la inmigracion europea verificándose en grandes masas. Estados Unidos le daba el ejemplo de la colonizacion *espontánea* producida por el *trabajo puramente interior* de ese gran pueblo que, sin otro agente colonizador que el ruido de su caudal de libertad, de orden y de riqueza, atrae hácia su seno á los hombres de todo el Universo. Méenos espontánea la inmigracion á la República Argentina, presentaba en sus circunstancias el resultado de una feliz combinacion del trabajo de progreso interior con un activo sistema de atraccion ejercida por medio de vapores de flete gratuito y de feraces y salubres terrenos ofrecidos al inmigrante. Habia sido necesario á esa República valerse de medios artificiales de colonizacion, porque la gran masa de la corrien-